



PRÓCERES
—





PRÓCERES

NOS HIZO LIBERTADORES

Bolívar era de pelo ensortijado, más negro que blanco; ese era el verdadero Bolívar a quien también desfiguraron. Es mentira que hablaba duro. No, la voz de Bolívar era chillona, inaguantable. Se subía en las mesas, le rompía los papeles al Estado Mayor. “¡Esto no sirve!”. Así lo dice Andrés Eloy Blanco en un poema que se llama “Los desdentados”. Cuenta Andrés Eloy que muchos años después de muerto el Libertador, había un acto en la plaza Bolívar de Caracas y la estatua, las coronas, las flores y los discursos oficiales. El presidente, todos de “paltó” y de levita, rindiéndole honores a Bolívar. Y detrás de las matas estaban unos viejitos, no tenían dientes, agachados, viendo el acto, y se reían. Entonces, viene la lectura de la última proclama y un señor, con voz de locutor: “Colombianos, habéis presenciado...”, rememorándolo. Y los viejitos se reían y hablaban de Bolívar. ¿Por qué se reían? El poeta termina descifrando la incógnita. Al final dijo uno de los viejitos: “Mira, lo que dicen éstos, dicen que era alto, dicen que era fuerte, dicen que hablaba grueso. No. Era chiquitico, era flaquito, tenía la voz chillona y fastidiosa”. Y dice uno al final: “¡Carajo!, pero se nos metió en el alma y nos hizo libertadores”.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Ese gran mártir de América, de los más grandes, Antonio José de Sucre. Treinta y cinco años tenía el Mariscal Sucre cuando lo mataron. Había sido edecán de campo de Miranda a los 15 años; general del Ejército Libertador en Guayana, junto a Bolívar. Luego la Campaña del Sur, Junín, Ayacucho... El virrey, prisionero de Sucre en Ayacucho. El último virrey de España en estas tierras capturado en Ayacucho con todos sus oficiales. Todo el ejército español se entregó; arriaron la bandera de España después de 300 años de dominación. Sucre le dio la mano para levantarlo. Dicen que el virrey le dijo: "Tan joven y con tanta gloria". Por eso fue que el mismo Bolívar, de su puño y letra, escribió aquella frase: "La posteridad recordará al general Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Capac y a sus pies las cadenas del imperio español rotas por su espada".

Sucre tenía 29 años cuando se hizo inmortal en Ayacucho, en la gran batalla libertadora de Suramérica. De los mejores soldados, de los mejores revolucionarios, de los mejores líderes, Simón Bolívar dijo un día, y está escrito: "Donde está el general Sucre, está el alma del ejército". Era el alma del ejército, alma del pueblo, el cumanés. Humilde, pero empeñado, con una voluntad de acero, una inteligencia muy creadora para lo militar, para lo diplomático, para lo político. Presidente fundador de Bolivia. Le dieron un golpe de Estado, la oligarquía boliviana, porque él estaba entregándoles tierras a los indios, a los pobres, haciendo escuelas para los pobres, haciendo caminos. Era ingeniero, además; sistemas de riego, buscando agua, llevando agua para los sitios que no la tenían; la salud, haciendo hospitales; la educación. Un Gobierno muy bueno el de Sucre. Le dan un tiro en un brazo y queda manco, casi lo matan. Le hicieron imposible la vida. Renunció al Gobierno de Bolivia. Se vino a ver a Bolívar y lo acompañó hasta la última hora.

Memorable es la última carta de Sucre a Bolívar. Bolívar renunció, se fue. Sucre lo busca, no lo consigue. “La ausencia de usted, mi general, me ahorra las lágrimas de la despedida. Adiós, mi general. Donde quiera que esté, mi último aliento será para Colombia y para usted”. Al día siguiente, agarró la mula, se fue a buscar a su mujer y a su pequeña hija en Quito. Pero no le perdonaron ser leal a Bolívar y ser tan joven. Como dijo el virrey: “Tan joven y con tanta gloria”. Era un peligro él solo, su vida. Después de Bolívar venía él. Su brillo, su gloria, su prestigio en los ejércitos. Desde el Caribe hasta la Argentina el nombre de Sucre brillaba por todos lados. Y ocurrió la emboscada, el balazo traicionero. Santander detrás de la emboscada, Obando, traidores lacayos que entregaron luego estos países a la garra del imperio norteamericano. Traicionaron a la revolución. Dijo Bolívar, cuando le informaron de la muerte de Sucre, entre muchas cosas, una lapidaria: “La bala que mató a Sucre mató a Colombia y acabó con mi vida”.

JOSÉ INÁCIO DE ABREU E LIMA

Yo le comentaba al presidente Cardoso, la noche de una cena que tuvimos allá en el Círculo Militar, una cena de Estado en honor a él, a su esposa, a su comitiva y al pueblo hermano del Brasil. Le estuve hablando un poco de un general brasileño que peleó en la Guerra de Independencia. Por cierto, ese día 6 de abril, el día que vino Cardoso y estuvimos todo el día juntos, estaba de cumpleaños el general José Inácio de Abreu e Lima. Nacido en el estado de Pernambuco, en la ciudad de Recife, adonde hemos estado en varias ocasiones. Aquel joven se vino a los veinte años desde Brasil. Es impresionante la vida de Abreu e Lima. Su padre fue sacerdote y militar. Estaban en revolución contra el Imperio, lo fusilaron delante del joven que ya era oficial. Este salva su vida,

se viene al exilio al Caribe y oye hablar de Bolívar en Puerto Rico. Su hermano se queda en Puerto Rico haciendo vida privada, pero él, que andaba ya con el fuego sagrado de la revolución, se viene a Venezuela por Angostura. Estaban en plena Campaña de Oriente, ya habían liberado Angostura y estaba Bolívar convocando el Congreso de Angostura, 1819.

Abreu e Lima, de apenas veinticuatro años, se le presenta a Bolívar y le dice que quiere ser oficial de la revolución suramericana. Bolívar lo incorpora. Fue corresponsal y redactor del Correo del Orinoco, secretario privado de Bolívar, porque hablaba varios idiomas. Un joven muy culto y valiente. Peleó en la batalla de Las Queseras del Medio. Cruzó Los Andes al lado de Bolívar, redactó proclamas, combatió con la espada y con la pluma. Combatió en Boyacá, batalla que liberó la Nueva Granada. Después remontaron otra vez Los Andes, cayeron a las sabanas de Apure, se vinieron sobre Carabobo y luchó en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821, bajo el mando del general Páez. De allí salió herido de un disparo en el pecho. Bajo este mismo mando se va también a la toma del castillo de Puerto Cabello, último reducto del poder español en Venezuela. Después pelea en la batalla naval del Lago de Maracaibo.

Ustedes recuerdan que Bolívar se fue al sur, y Abreu e Lima se quedó acá con Páez, en el proceso interno venezolano. Páez era el jefe, el líder aquí. Bolívar se fue a la campaña de liberación de Ecuador, del Perú y la creación de Bolivia. Pero aquí en Venezuela comenzó a gestarse la traición a Bolívar. Abreu e Lima comenzó a oler la traición, a sentirla. Páez fue rodeado por la oligarquía, por el enemigo al que combatieron. Le pasaron la mano al Centauro, le quitaron la lanza al Tigre de Las Queseras del Medio, dejó de ser tigre, le limaron las uñas, le pusieron a lo mejor una buena sonrisa, se alió a la oligarquía venezolana que odiaba a Bolívar a muerte, porque quería mantener sus privilegios, quería cambiar

de dueño, quería que los españoles se fueran, para ellos adueñarse de los esclavos, de las haciendas, de las riquezas.

Porque en el fondo de todas las revoluciones habrá muchas causas, pero las económicas siempre están allí. El deseo de poder y uno de los elementos fundamentales es el poder económico, personal, grupal, nacional o como se quiera ver. Abreu e Lima, noble como era, trata de mediar. Hay cartas que él enviaba a Santander, a Páez, a Bolívar. Trató de mantener la unidad, que él consideraba necesaria, vital. Y lo era para continuar la revolución de independencia. Cuando aquel hombre vio que no fue posible mantener la unidad, por las bajas pasiones, por los intereses, se quedó con Bolívar y estuvo muy cerca del Libertador la noche en que trataron de matarlo en Bogotá, en septiembre de 1828. A Bolívar lo expulsaron de Venezuela, y Abreu e Lima se fue con él.

“¡SE ROMPE LA ZARAZA O SE ACABA LA BOVERA!”

Yo lo he dicho aquí, como dijo Pedro Zaraza: “O se rompe la zaraza o se acaba la bovera”. Ese fue un general, Pedro Zaraza. La historia es esta. José Tomás Boves no fue un realista en verdad. Boves fue el líder de una guerra de clases. Era asturiano, pero vivió aquí muchos años, desde joven. Era comerciante de ganado en los llanos. Quiso incursionar en las filas patriotas. No lo dejaron porque era de los de abajo. Todavía los que mandaban eran los mantuanos, los ricos de Caracas.

No había una revolución todavía, era la independencia de los ricos de aquí contra España. Pero los negros y los pobres no. Entonces Boves se hizo líder de los pobres y formó un ejército. Se fue contra Bolívar, destrozó siete ejércitos que formaron los caraqueños y la oligarquía, digamos los mantuanos. Los realistas pensaron que iban a utilizarlo. Pero se declaró independiente.

Mandó largo al cipote a los jefes realistas, casi que manda a fusilar a Morales, a uno de ellos. La oligarquía caraqueña se llevó un chasco con Boves. Bolívar estaba en Caracas y vio que no podía detenerlo. La hermana mayor de Bolívar se llamaba María Antonia. Era una mantuana de casta. La María Antonia se enfrentaba a su hermano. Hay una carta que le manda al Rey de España, pidiendo protección contra “el loco de mi hermano”. “Simón es un loco”, decía. Incluso el Rey la protege, se la llevan a Cuba y le asignan como una pensión, porque quedó en la nada la María Antonia. Estaba rayada porque era la hermana del Libertador.

Bolívar estaba en Caracas en el año 1814, que fue un año desastroso por la guerra de Boves y los pobres contra ese mantuanaje. Eran venezolanos contra venezolanos, terrible aquello. Bolívar le dice a María Antonia que tiene que irse de Caracas porque viene Boves. Él se va, no tiene cómo protegerla. Era su hermana mayor y fueron huérfanos de padre y madre. Así que hasta cierto punto, ella fue como su mamá en la vida. María Antonia se negaba a irse, como muchos mantuanos. Sobre todo los que no habían apoyado a Bolívar decían: “No, yo no me voy si viene Boves, yo estoy con ellos”. Bolívar le decía: “Boves acaba con ustedes, los va a matar, y sobre todo a ti, que eres hermana mía”. María Antonia se negó. Bolívar mandó un oficial con diez soldados y se la llevaron amarrada a un barco en La Guaira y Bolívar la mandó, creo que fue a Puerto Rico, “a la colonia española; llévenla, pues”. Y en efecto, llegó Boves y algunos jalamecates mantuanos salieron, de “paltó” y levita, a recibirlo. Los pasó a toditos por las armas, ahí mismo, en la entrada de Caracas.

Era una guerra de clases. Se instala en Caracas y gobierna. Era un guerrero. Vino a perseguir a Bolívar, quien tuvo que venirse a Oriente. Se trajo los sobrevivientes en una penosa y larga marcha hacia Oriente. Los Lanceros de Oriente salen para proteger a los del centro, que venían replegándose, muchas mujeres, enfermos,

muchos niños. Entonces, vienen los Lanceros de Oriente con su caballería, salen allá para proteger la retirada humanitaria, digámosle así, que comandaba Bolívar. Uno de ellos llanero de estas sabanas, Pedro Zaraza, sale con la caballería y se arranchan ahí en unas matas en Urica, la sabana pelada. Y allá venía Boves, en una caballería inclemente. Pasaban a cuchillo a los prisioneros, eran los pobres contra los ricos. Allá venía Boves, con su ejército invencible, contra Maturín, ciudad heroica que resistió sitios, saqueos, bloqueos, la quemaron una vez los mismos habitantes para evitar que la tomaran; como quemaron a San Fernando de Apure, también, los llaneros apureños. Cuentan que estaba Pedro Zaraza con la caballería en Urica, debajo de unas matas. Y dicen que estaba Zaraza afilando la lanza, y le dijo a su estado mayor: “Allá viene Boves. Este día de hoy o se rompe la zaraza o se acaba la bovera”. Dos horas después estaba muerto José Tomás Boves. Pedro Zaraza le partió el pecho de un lanzazo.

“¡PRIMERA VEZ QUE ME VE LA ESPALDA UN ESPAÑOL!”

El llano, el gran llano, San Fernando, Calabozo, y aquí San Juan de los Morros, pero ahí mismo al centro, Carabobo, Valencia, Caracas. Así que por aquí pasó Bolívar no sé cuántas veces, Zamora, todos ellos. Los españoles también. Páez, las caballerías. José Félix Ribas usaba el gorro frigio. Era un jacobino, un verdadero revolucionario. Por aquí lo capturaron y le picaron la cabeza, los brazos, las piernas. Bolívar tuvo que decretar la guerra a muerte porque las tropas españolas eran bárbaras, acuchillaban, degollaban, violaban, mataban, quemaban. Bolívar dijo: ojo por ojo, diente por diente: guerra a muerte. La pelea estaba muy dura y Bolívar había perdido la II República. A pesar de eso nuestro Ejército y nuestra Marina se recuperaban rápido, los golpeaban y volvían. La guerra se

extendía hacia el sur y desde el sur. San Martín liberaba las provincias del Río de La Plata.

Entonces en España hacen una apreciación estratégica de la situación, y lo que le recomiendan al Rey, su gran estado mayor, el almirantazgo y el ejército español: “Si queremos acabar con la guerra, hay que acabar con Bolívar, porque ese es el caudillo, ese es el más grande. Hay que acabar con el Ejército de Venezuela, y con la Armada. Si apagamos esa candela, lo demás se va a ir apagando”. Y el Rey de España manda al “Nuevo Mundo”, así lo llamaban, la más poderosa flota que España haya enviado alguna vez a este continente. Vinieron unidades completas de caballería, con los caballos y todo, los cañones. ¿Recuerdan ustedes el batallón Valencey, que se replegó en orden hasta Puerto Cabello? Ese era un batallón del Rey, un batallón de línea, con sus oficiales, caballería, artillería, infantería. Los húsares de Fernando VII vinieron aquí. Eran tropas como de la Guardia de Honor del Rey. Y mandó a uno de sus más valerosos, inteligentes e ilustrados generales: Pablo Morillo.

Morillo recorrió todos estos mares con esa flota. Fue el mismo que sitió a Cartagena de Indias. La sometió al hierro del bloqueo y Cartagena resistió. El pueblo de Cartagena comía ratas y gatos, pero no se rindieron los cartageneros. Después sitió Barcelona y la destrozó. Ahí están los restos de la Casa Fuerte, eso fue lo que dejaron los españoles. Quemaron a Barcelona. Después se fueron a Margarita, la rodearon. Morillo le manda una carta a Francisco Esteban Gómez, que dirigía las tropas, y al pueblo margariteño: “Ríndase o no quedará piedra sobre piedra de esta isla infiel”. Y le respondió Francisco Esteban, el indio aquél: “Venga por mí. Si usted triunfara, sería el rey de las cenizas, porque aquí no quedarán ni cenizas”. Morillo desembarcó, y lo derrotaron en Matasiete los indígenas margariteños. ¡Hasta los niños salieron a pelear!

¿Tú sabes lo que Pablo Morillo escribió al Rey de España después? Eso fue en 1817. Hay una carta de Morillo que le dice: “Su Majestad, este pueblo de Margarita, estos soldados de Margarita, salieron casi desnudos a dar su pecho contra las mejores tropas del Rey. Eran como leones y peleaban como gigantes”. Cuentan los viejos margariteños de aquella época que la isla estaba rodeada de tanto barco español que no se veía el sol, no se veía el horizonte del mar, sino barcos y barcos. Y tenían uno gigantesco: el San Pedro Alcántara, que era el barco logístico. Los españoles dijeron que el Alcántara se quemó por un incendio a bordo, por un descuido de la cocina. ¿Se hundió? ¡Lo hundieron los indios margariteños! Se tiraron al agua y lo quemaron. Ahí debe estar, en el fondo del mar.

Resulta que entonces Morillo viene a buscar a Bolívar, sale de Margarita, desembarca. Y Páez, muy hábil, se va replegando con la caballería; contraatacaba, se replegaba. Morillo empieza a sentir que esta fuerza era también como gigante, pero a caballo. ¡Y en las sabanas, compadre! De cualquier lado salían los caimanes, la plaga mataba a los españoles, los tigres, los caribes. En cambio, los llaneros no, pasaban los ríos nadando con la cola del caballo. Morillo le escribe otra carta al Rey donde le dice: “Cuando pasamos toda la noche en vela, esperando porque creemos que nos van a atacar, no hay ataque. Y cuando mis tropas descansan, de repente viene un ataque”.

Páez era un guerrillero indomable, muy astuto, era parte de la sabana. Páez llegó a amarrarles matas de esas en la cola de los caballos; entonces cabalgaban por allá, levantaban la polvareda, y los españoles creían que venían cinco mil caballos. ¡Y eran cien! Porque eran guerrillas en verdad. Hasta que se fue consolidando el ejército que peleó en Carabobo y que decidió la batalla, era el ejército de Apure, la caballería decidió la Batalla de Carabobo. Morillo llegó a Las Queseras del Medio, a la costa arauca. Y dice

Páez: “¿Dónde estará una caballería de agua?”. Y se lanza al río Arauca con 150 jinetes. Cruzan el río, sorprenden a Morillo y es el grito aquel de “¡Vuelvan caras!”. Y Bolívar dice: “Han ejecutado ustedes la más grande proeza militar de las naciones”: ciento cincuenta contra como cinco mil. Entre ellos Francisco Farfán, José Cornelio Muñoz...

Aquí en Mucuritas se consiguieron Páez y Morillo. Era verano, enero de 1818. Páez lo está merodeando y le da la vuelta. Se pone contra el viento, para que el viento le pegara en la cara a Morillo y a sus tropas. Le prendió candela a la sabana, y después que la sabana está prendida, los rodeó de candela, los atacó por dos flancos con unas lanzas. Porque los apureños hacían una lanza larga, liviana, como de dos metros. Y Páez, astuto, calculó —él lo escribe en sus memorias— cuánto tiempo tardaban los españoles en recargar los cañones. Entonces, disparaban y largaban los caballos más rápido con lanza larga para tratar de llegarles a los cañones antes de que volvieran a disparar. Era una guerra de astucia, sobre el terreno, día y noche. Lo cierto es que Páez destrozó a las fuerzas de Morillo en Mucuritas, otra vez. Se salvaron por un caño que tenía agua todavía, lo pasaron y la candela no los alcanzó. Es cuando Morillo, en carta al Rey, le escribe aquella frase: “Catorce cargas consecutivas de caballería sobre mis cansados batallones me demostraron que estos hombres están resueltos a ser libres”.

Cuando el general Morillo regresó a España, el Rey le reclama cómo es posible que unos salvajes lo hayan derrotado a él, que había peleado contra Napoleón y derrotado sus tropas. Y Morillo le dice: “Su Majestad, es que no son ningunos salvajes. Si usted me da un Páez y cien mil llaneros de Guárico, Apure y Barinas, le pongo a Europa completa a sus pies”. Eran indomables, invencibles. No solo los llaneros de Venezuela, también los llaneros de la Nueva Granada, los centauros del Casanare, del Meta, del Arauca. Somos los mismos.

En 1820, siete años de guerra a muerte, Bolívar y Morillo se sentaron allá en Los Andes. Firmaron el Tratado de Regularización de la Guerra. Morillo va con una escolta como de veinte soldados bien armados y uniformados, con buenos caballos. Llegan al punto de encuentro, ven que viene alguien en una mula, con un sombrerito. Morillo manda a dos oficiales que vayan rápido a ver quién viene, que parece un campesino, o será un enviado de Bolívar. Y van los españoles a caballo, como cinco, rápido, con las armas. Regresan despavoridos: “Es Bolívar”. ¡Venía Bolívar, solo! A Morillo le dio una vergüenza tal que retiró rápido a todos los oficiales y se quedó solo. Y se abrazan. Es de ese día una anécdota. Parece que va Morillo con Bolívar caminando y un joven oficial venezolano va delante. Morillo le ve la espalda al venezolano y dice: “¡Qué buenas espaldas tiene este mozo!, Bolívar”. Y el oficial venezolano voltea y le dice: “Señor general Morillo, primera vez que me ve la espalda un español”.

FRANCISCO FARFÁN

En una ocasión preguntaba a algunos amigos por qué se llama este pueblo Elorza. Vaya, pregúntele al señor tal, me dijeron; era como el reservorio histórico del pueblo. Pero la juventud, desde el liceo Ignacio Rodríguez, donde yo me la pasaba jugando béisbol, dándoles charlas, después fui padrino de una promoción, nada, ni uno solo sabía por qué se llama Elorza. Entonces comenzamos desde el escuadrón Farfán, un escuadrón revolucionario donde, cuando llegué, ningún oficial, ningún soldado, ni nadie en ese pueblo sabía quién era Farfán.

Nos pusimos a investigar, a buscar libros de historia y conseguimos la historia maravillosa del “Centauro de Las Queseras”: Francisco Farfán. Hicimos un librito; teníamos unos estencils y

una máquina de escribir. Sacamos unas hojitas y le pusimos al periódico “El Centauro”. Cuando los soldados empezaron a saber quién era Francisco Farfán, cuando supieron que fue uno de los 150 lanceros de Las Queseras del Medio, se les hinchaba el pecho de orgullo. Y empezaron a oír las “cadenas” en el patio. Yo les daba “Aló Presidente” en el patio, conferencias de tres y cuatro horas, tomando café, cuando llegaba la noche allá en ese Cajón de Arauca tan querido y recordado. Les leía libros e historias de aquellos años heroicos y gloriosos de esa sabana. Hasta buscamos después un pintor y convertimos una pared grande en un escenario, un pequeño teatro. Apareció un arpa, apareció un cuatro, unas maracas y los soldados comenzaron a improvisar. Salieron cantores y empezaron a salir corrió. Un soldado le escribió un corrió a un sargento negro. El corrió se llamaba “El Centauro Negro”. El sargento se ponía bravo. “Mi capitán, ¿cómo ese soldado me va a estar diciendo a mí el Centauro Negro?”, protestaba. Yo le decía: “Siéntete orgulloso de que la tropa te cante, vale, eres un líder”. Después le daba orgullo que le dijeran el “Centauro Negro”.

Francisco Farfán, de los Farfanés de Guasimal, como decimos los llaneros. Eran dos, Francisco y Juan Pablo. ¿Saben qué hicieron aquellos centauros, sobre todo Francisco? Cuando Bolívar fue traicionado y expulsado de aquí, y Páez se hace dueño de la oligarquía e instala el gobierno conservador en 1836, Francisco Farfán se alza contra Páez y toma San Fernando de Apure. ¿Saben lo que decía Farfán en papeles que repartían?: “¡Viva mi general Bolívar!”. Ellos trataron de recuperar el sueño bolivariano. Páez se fue a pelear contra ellos, que eran sus antiguos soldados, y Páez derrotó a Farfán en la Batalla de Payara. De ahí es que a Páez le dan el nombre de “El León de Payara”. Allí en San Juan de Payara muere en combate Juan Pablo Farfán.

Francisco Farfán se fue a Colombia. Por ahí, por el viento, merodeó en esas fronteras durante veinte años, de guerrillero con-

tra el gobierno de Venezuela. Hasta un juicio le hicieron al juez militar de Guasqualito. Porque un día se demostró que Francisco Farfán pasó de Colombia –de Arauca donde vivía– a Guasqualito, a colear. Era coleador, un indio, estuvo cinco días parrandeando en Guasqualito. El gobierno mandó a destituir y a meter preso al juez y al jefe civil de aquel pueblo por no haber hecho preso a Farfán. ¿Saben por qué no los condenaron? Porque demostraron que aquel era un hombre indomable y que hacían falta veinte o treinta soldados armados para someterlo, y que ellos no tenían la fuerza suficiente para hacerlo. En efecto, Páez en sus memorias le dedica un capítulo a Farfán y dice: “Era un hombre de casi dos metros de alto, no se podía reducir físicamente, lo expulsé dos veces”. Ciertamente, Páez expulsó a Farfán dos veces del ejército de Apure, pero regresaba. Después de la batalla de Mucurita, Páez lo expulsa y vuelve. ¿Saben lo que dice Páez en las memorias, ya anciano?: “Francisco Farfán, de los centauros de la sabana, coronel. Lo expulsé varias veces, varias veces pensé fusilarlo, nunca lo hice. Hacían falta valientes para hacer la independencia y era un valiente”.

MANUELA SÁENZ

La historia es muy machista y las mujeres no aparecen, pero también andaban a caballo, como Manuela Sáenz. La dibujaron las oligarquías que la odiaron y quedó en la historia como la amante de Bolívar. Ella no fue la amante de Bolívar, ella fue primero “Caballera del Sol”, capitana de los ejércitos de San Martín y coronela en Ayacucho. El Mariscal de Ayacucho la ascendió en el campo de batalla, junto a un grupo largo de oficiales hombres y mujeres. Porque la Coronela se fue a caballo, pistola en mano, sable en mano, a rendir tropas españolas allá en el campo de Ayacucho.

Era mujer de batalla. Salió espada en mano la noche que casi matan a Bolívar en Bogotá, y ella lo obligó, prácticamente, a que se tirara por la ventana. Seguramente, por dignidad, él no quería tirarse, pero como hay un dicho inglés que dice: “Si tu mujer te pide que te lances por la ventana, ve mudándote a la planta baja”. Bolívar estaba casi muerto. Mataron a su edecán, Ferguson, e hirieron a otro, Diego Ibarra, un sablazo y un tiro en un brazo. Ya iban al cuarto a buscarlo. Ella los entretuvo y les dijo: “No, está abajo en la sala de reuniones”. ¡Mentira! Él estaba vistiéndose, agarrando la pistola para salir, y ella lo obligó a que se fuera por la ventana. Después hizo un muñeco que puso en la plaza, lo vistió como Santander y le puso un letrero: “Santander”. Ella misma lo fusiló: ¡pa-pa-pa! Y le dijo a Bolívar: “Eso es lo que tú tienes que hacer con Santander, ¡fusilarlo!”. Bolívar nunca quiso fusilar a Santander. Le perdonó la vida y, al final, a él no lo perdonó la oligarquía santanderista.

GUARDAPELO

Miranda era muy mujeriego. Recorrió el mundo y escribía de sus amoríos: “Conocí una mujer”, así, asao, a veces erótico. Somos humanos. Miranda era un humano. Hasta Catalina, la rusa, como que se enamoró de él o él de ella, los dos de ellos. Bolívar era también muy mujeriego. Ustedes no saben cuando Manuela Sáenz consiguió, creo que fue un arete de mujer en la cama, y no era de ella. Le brincó encima y lo arañó. Bolívar tuvo que pasar como una semana sin salir del cuarto, porque le daba pena, estaba todo arañado. Manuela era de armas tomar. ¡Já!, la Manuela y sus cartas a Bolívar, algunas muy eróticas.

Seguramente, ellos no pensaban que eso iba a trascender, eran cosas muy privadas, pues: “Vente pronto para que nos fun-

damos como un volcán”. En ese tiempo no había celulares, pero hay conversaciones muy eróticas. Uno escribe cualquier cosa o le escriben a uno. Me escribieron hace poco por aquí: “Chávez, ¡qué labios carnosos!”. ¡Claro, de carne y hueso compadre! ¡Igualito! El pobre Bolívar no tenía estos aparaticos, tenía que escribir y mandar a caballo. Más de una de esas cartas las agarró el enemigo y Manuela le escribía: “¿Por qué no vienes?”. “¿Con quién andas?”. ¡Ajá!, ¡celosa! Ella sabía, conocía su ganado, ¿verdad?

Bueno aquí va: Miranda guardaba vellos de pubis. Y eso lo hace humano, ¿no les parece? Guardapelo, guardapelo. Mi abuela tenía un guardapelo. No, pero ¡ya va!, ¡ya va! Mi abuela tenía un guardapelo y ahí tenía guardadas las mechas mías y las de Adán de cuando éramos niños. Yo era bachaquito, porque tenía el pelo enreda'o, así como melcocha. ¡Enreda'íto y amarillito! Adán no. Adán tenía el pelo liso y negro.

MAISANTA

El abuelo de mi madre llegó a Sabaneta, venía de las guerras de fin del siglo. Cargaba este escapulario. Le hemos calculado como ciento cincuenta años, porque era del papá de Maisanta, de Pedro Pérez Delgado. El papá de Pedro Pérez Delgado se llamaba Pedro Pérez Pérez. Esta es una cruz, solo que una cruz de espadas, apenas se ve. La otra es el escudo de la Virgen del Socorro. ¿Quién fue Pedro Pérez Pérez? Yo me puse años y años a investigar esa historia, buscando papeles, grabando cosas y además preguntándole a los viejos por estos pueblos. Después perdí documentos, pero yo tenía como cincuenta casetes, de aquellos viejos. Uno andaba con un grabadorcito, y le hacía entrevistas a ancianos, a viejos soldados, viejas mujeres, viejos hombres de comienzos del siglo pasado que todavía vivían hace veinte, treinta años atrás.

Bueno, Pedro Pérez Pérez era un indio guariqueño. Se fue a la guerra detrás de Zamora.

¿Y por qué Zamora se fue a la guerra? Bueno, como consecuencia del fracaso del proyecto de Bolívar. Fue una nueva revolución de los pobres. Y con él se fue Pedro Pérez Pérez. Mataron a Zamora en 1860 y Pedro Pérez Pérez se fue a Ospino, allá se casó con Josefa Delgado. Y tuvo dos hijos: Petra Pérez Delgado y Pedro Pérez Delgado. Así cuenta mi tía Ana, la tía de mamá. Allá está, noventa y cinco años cumplió. Yo la llamo de vez en cuando. Hace poco la mandé a buscar para que conociera a una hija de Emiliano Zapata, tienen la misma edad. Porque Pedro Pérez fue como un Emiliano Zapata, como un Pancho Villa, fueron los últimos de la caballería que salieron lanza en mano, machete en alto a decir ¡Viva la Patria! Fueron los últimos de a caballo. Ese fue tu abuelo. Era el padre de Rafael Infante, tu padre, nuestro abuelo, y de Pedro Infante a quien yo conocí ancianito, en Guanare, poco antes de morir. Tú tío, mamá, era igualito al padre, alto, blanco; eran catires, pelo amarillo. Le decían “el americano”. Por eso viene mi madre y su estirpe criolla, pero blanca. A mi madre le decían “la americana” cuando era niña.

Eso me lo contaba Chucho Navas en Sabaneta, una tarde, ya viejito, poco antes de morir, y tío Julián; con ellos hablé yo mucho. Yo tenía esa cinta. ¡Dios mío! Adán, ¿tú no sabes dónde está? Se la llevó el huracán. Eso valía oro para mí. Tío Julián me contó una tarde en Sabaneta, testigo de esto es Miguelito González, mi cuñado. ¿Tú sabes cómo se llamaban los perros de Maisanta? Perrondongo y La Chuta, dos perros cazadores. Y su caballo se llamaba Bala, un caballo negro, cuando vivía en La Marqueseña y era coronel. Él era uno de los hombres de Cipriano Castro, y ahí está la historia, pues. Yo fui consiguiendo el camino, investigando, preguntando, dije: “¿Ah?, ¡ahora entiendo!”. Uno oía allá lejos que hablaban de un tal guerrillero, un asesino, un bicho malo, un abue-

lo malo. Descubrí la verdad ya siendo soldado. ¿Ah?, ¿qué bicho malo era? No era bicho malo. Maisanta fue ascendido a coronel por el mismísimo Cipriano Castro, porque cuando en 1899 Castro se vino con Juan Vicente Gómez, con 60 hombres de a caballo, con machete, desde allá desde el Táchira, pasaron por aquí. Maisanta vivía en Sabaneta. Ahí se había venido porque había matado a un hombre. Le metió cuatro tiros a un coronel de apellido Masías, en Ospino, porque le preñó a la hermana y no reconoció la barriga. Era un carajito de quince años, le metió cuatro tiros. Ya había muerto el viejo Pedro Pérez Pérez. Tuvo que irse, porque si no lo matan, y se metió a la guerra.

En 1896 se alzó un general que era amado por los pueblos, se llamaba José Manuel Hernández. La primera campaña electoral que hubo en Venezuela de pueblo en pueblo, la dirigió José Manuel Hernández. Perdió los dedos de un machetazo en una batalla, el “Mocho” Hernández. Era la Venezuela que buscaba caminos después de la tragedia de haber echado de aquí al padre Bolívar, matado a Sucre, y la tragedia de 1830. Y el “Mocho” Hernández ganó las elecciones, se las robaron. Se vino pal’ monte. Se disfrazó de cura, se vino para los llanos. Cerca de San Carlos armó un ejército y lanzó la revolución de Queipa. Pedro Pérez Delgado tenía diecisiete o dieciocho años, huyendo con este escapulario, y se hizo soldado.

Esa revolución fracasó, el “Mocho” fue hecho preso, se lo llevaron para Caracas. Pedro Pérez Delgado, el muchacho, se monta en una carreta de mula con Natalio Menoni, que comerciaba desde Valencia por todos estos llanos. Llegó a Sabaneta de ayudante de carretero, tenía menos de veinte años. Era 1897 / 1898. Allí comenzó a trabajar con Natalio Menoni, Julia Rache. ¿Papá conoció a Julia Rache, viejita? ¡No la conoció! Mi abuela, a lo mejor. Yo como que los hubiera conocido, porque me echaron los cuentos de cómo era Julia Rache, que tenía grandes cafetales por la costa

del Padre Vieja, y por aquí por las montañas de Mijagual, que era todo esto. Era una montaña impenetrable, había tigres, jaguares, leones, todo eso me lo contaban, y me imaginaba de muchacho que vivía aquel tiempo. Eso me fue llenando de pasión. Me fui consiguiendo el fuego por los caminos y de repente me hice un incendio, ¡pum!, y aquí voy. Cogí conciencia de qué llevo en la sangre. Cuando agarré un fusil dije: “¿Pa’ qué es este fusil, carajo?, ¿pa’ defendé’ a los traidores o pa’ defendé al pueblo?”. Y aquí estoy. ¡Es pa’ defendé’ al pueblo!

Bueno, pues cuando el “Mocho” se alzó en Queipa, ahí cerquita del Pao, de San Juan Bautista, Joaquín Crespo, que era guerrero, era jefe del ejército, no era pendejo. Él entregó la Presidencia pero se quedó de jefe del ejército. Eran hombres de batalla y él mismo se vino comandando un ejército a buscar al “Mocho” Hernández. Y en la primera escaramuza, los primeros tiros, cayó muerto el ex presidente Joaquín Crespo. Lo mató un francotirador. Como ya iba a entrar en batalla, se bajó de la mula y se estaba montando en el caballo blanco alazano. En el momento en que está montando el caballo, ¡pam!, cae muerto el jefe del ejército, el ex presidente. El último caudillo. Cuando cae Crespo, el país se anarquiza, surgen caudillitos por todos lados. Él era el que mantenía aquel caudillaje controlado, y el país entra en un caos terminal. Hubo como cuatro guerras. Se alzó Ramón Guerra, se alzó el otro en Guárico, se alzaron por aquí y Venezuela se convirtió en un *maremagnum*, y en ese *maremagnum* surgieron Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Mire, sesenta hombres se vinieron desde territorio colombiano. Castro era el líder, Gómez era el que tenía dinero porque era un hacendado. Por aquí pasaron, ¿y saben quién se pegó? Pedro Pérez Delgado, que buscó un caballo, a lo mejor el caballo Bala, y otro grupo de llaneros de aquí y se fue con ellos y peleó en Tocuyito, donde hirieron a Castro, quien entró en Caracas con

un tiro en la pierna, y tomó el gobierno. Era 1899. ¡Terminaba el siglo diecinueve! A los pocos meses, Pedro Pérez era coronel, y Castro lo mandó como jefe civil y militar de toda esta zona, desde Boconoíto hasta Puerto Nutria, incluyendo parte de Apure. Y mandó un buen general a Barinas, Juan José Briceño, pacificador de los llanos.

Y así pasaron los años. Era 1900 y Pedro Pérez se arrejó con tu abuela, la Claudina Infante. En La Marqueseña vivían ellos. Esas tierras eran del viejo Severo Infante, el papá de Claudina. En 1903 nació el mayor de los hermanos, que era Rafael. Por eso yo me llamo Rafael, por mi abuelo Rafael, aunque no lo conocí. Y además, Pedro Pérez Delgado se llamaba Pedro Rafael. Por eso es que a uno le puso Pedro, su primer nombre, y al otro de sus hijos le puso Rafael. Y así nacieron Pedro Infante y Rafael Infante. No les dio el apellido. Me contaba tu tío Pedro, anciano ya, allá en Guanare, que ellos recibían cartas que él les mandaba de las guerras de Apure, diciéndoles: “Firmen con mi apellido, firmen Pérez”. Pero nunca hubo un documento legal que reconociera el apellido y ellos se quedaron Infante.

Pasaron los años, 1904, 1905, 1906, 1907, la oligarquía de Caracas contra Cipriano Castro, los gringos contra Castro. Y llegó 1908, rompen relaciones Caracas y Washington. Se enferma Cipriano Castro. En diciembre se fue Castro para Europa a operarse de los riñones, y lo tumbó Gómez. Bueno, no lo tumbó Gómez, lo tumbaron los gringos. Los yanquis se adueñaron de Venezuela, el petróleo. A los pocos meses en Sabaneta había reuniones, uno de los líderes: Pedro Pérez Delgado. Un italiano, “misiú” Mauriello, de izquierda, revolucionario de los Mauriello que por ahí andan. Lo mandaron a buscar, lo mataron, machetea’o en la costa del caño allá del Boconó. Lo dejaron tirado ahí; vino alguien a avisarle a Pedro Pérez: “Mataron a misiú Mauriello”. Esa noche Pedro Pérez buscó cuarenta de a caballo, buscó los machetes, buscó los

fusiles, se vino pa' Mijagual. Por aquí por Santa Rosa, emboscó al coronel Colmenares, que era el coronel gomecista que mandaron para sustituirlo. Lo emboscó a machete. Fue la vez que se disfrazó de vendedor de taparas de miel, una batalla a machete. Por aquí cerca fue, y más nunca volvió a Sabaneta. Cogió camino pa' allá, cruzó el Apure y comenzó la leyenda de Pedro Pérez Delgado. Hasta 1922 estuvo alzado, como dice la canción de Cristóbal Jiménez. Cayó preso y, cuando tenía apenas cincuenta años de edad, murió envenenado en el Castillo Libertador, en Puerto Cabello. Dicen los que estaban ahí que salió con un dolor. No aguantaba, se quitó el escapulario, lo lanzó a la pared y dijo: "Maisanta, pudo más Gómez". Y cayó muerto.

Yo cuento esto no sólo para mis amigos, no sólo para mí mismo y mis compañeros, sino ustedes yanquis, sepan bien qué es lo que hay aquí dentro: conciencia y fuego que nada ni nadie podrá apagar mientras viva. Y mientras yo viva, este fuego y esta conciencia estarán al servicio de la Revolución Bolivariana, de la liberación de Venezuela, de la independencia de Venezuela, de la grandeza de Venezuela.

Ya basta, no sólo de traiciones, ya basta de pactos con la oligarquía, ya basta de derrotas, compatriotas. Llegó la hora definitiva de la gran victoria que este pueblo está esperando desde hace doscientos años. ¡Llegó la hora!, no podemos optar entre vencer o morir. Nosotros estamos obligados a triunfar y nosotros triunfaremos.